

Xavier sabía y no presumía

Carlos Pérez de Rozas y Emilio Pérez de Rozas

Basora, César, Kubala, Moreno, Manchón... y Batalla. Seguro que en muchos de sus sueños a Xavier le hubiera gustado jugar en esa delantera. Muy especialmente al lado de uno de sus ídolos, el mítico Laszi Kubala. En su museo particular del Barça (cuadros, pósters...), que su familia —Judith, Laura y Óscar— conserva con mimo, los cromos del húngaro estaban entre sus objetos favoritos. Sus aficiones eran para él auténticas devociones.

La historia le tiene reservado a Batalla un merecido espacio entre los periodistas de más prestigio de la política internacional de las últimas décadas. Su legado es formidable. Su ejemplo de profesional que trabajaba con el sentimiento de que su oficio era, por encima de todo, un servicio público a sus conciudadanos, transmitía una ética y una moral colosales. En Xavier todo era pasión y verdad, acompañadas siempre por la calidad y la precisión de todo lo que escribía.

Su oficio, al que amaba infinitamente, le conducía a saber de casi todo. Y lo que es más importante, lo que le hacía ser querido por tanta gente, era que no presumía de nada. Era sencillo desde el profundo conocimiento de muchas cosas. Fue magnífico profesor, espléndido coleccionista, experto en Barcelona y su arquitectura, estudioso de la música y el cine... Lector infatigable, su riqueza intelectual era enorme. Como buen periodista, era curioso. Le interesaba todo. Absolutamente todo.

Por poner un pequeño ejemplo, era muy joven cuando realizó uno de sus primeros trabajos universitarios. Como profesor de periodismo de la Universitat Autònoma de Barcelona, colaboramos con él para escribir su tesina de licenciatura *Tecnología de la prensa escrita de Barcelona, 1979*. Un área de interés muy diferente del periodismo internacional, pero en la que también era un maestro. La presentación decía:

La tesina es un estudio de los sistemas de composición e impresión utilizados por la prensa diaria de nuestra ciudad. Sus objetivos son dos: primero, que el estudio pueda ser una herramienta de trabajo para alumnos y profesores de tecnología de la prensa escrita en la Facultad de Ciencias de la Información; y, segundo, que el análisis realizado de los actuales procesos productivos contribuya a clarificar ciertos aspectos del debate sobre la aplicación de la nueva tecnología.

Esta investigación, pues, ya se basó en una de las cuestiones que para Batalla eran fundamentales: su dedicación a formar jóvenes bien preparados, a colaborar con el resto de compañeros que impartían lecciones en las aulas, y a ayudar desinteresadamente a los medios de comunicación, a los diarios de la ciudad que amaba desde que se despertaba hasta que se dormía: Barcelona.

Desde su perfeccionismo, a veces exagerado, pero siempre vocacional desde el principio hasta el final, Xavier se exigía tanto que el primer día que su cerebro no entendió unos números supo que algo delicado le estaba pasando. Su voluntad, su carácter, su forma de ser, le impedían entregar sus escritos si no estaban editados con una meticulosidad sólo comparable a la que debían tener los monjes cuando escribían sus manuscritos en la soledad de sus monasterios.

Batalla no presumía de nada. Simplemente era un sabio.

Y compartía su vida con su familia, con sus amigas y amigos, y con sus lectores. A estos les tenía adoración y un respeto increíble. Para él, un lector, un solo lector, ya era suficiente para sentirse útil. Para escribir, pero también para hablar, para debatir, en la radio o en la televisión. Para transmitir crónicas desde el otro lado del mundo o hacerlas en la sencillez de una redacción o de su pequeño estudio en su piso del Eixample. Eso sí, siempre rodeado, acompañado, mimado, por sus libros. Los tenía por todas partes. Sin ese objeto sagrado que es el libro, no se entendería la figura de un periodista de raza, muy curioso, pero tremendamente formado culturalmente. Por eso era conocedor como nadie de la obra de periodistas como Walter Lippmann o Raymond Aron. Le interesaban todos aquellos compañeros que defendían como él el mayor de los rigores y se alejaban siempre de la frivolidad. Lippmann ganó dos veces el reconocido Premio Pulitzer, en 1958 y 1962. Si en lugar de haber nacido en su amada Barcelona (1948) lo hubiera hecho en cualquier ciudad de Estados Unidos, seguro que Xavier Batalla también habría sido galardonado con algún Pulitzer. Su manera de ver, entender y ejercer su profesión estaba muy cercana a la de los grandes nombres de la larga historia del periodismo mundial.

Sus inquietudes por conocer otras cosas empezaron en su época de estudiante. Antes de entrar a formar parte de la Escuela de Periodismo de la Iglesia en la Barcelona previa a la transición democrática, había iniciado su formación

universitaria en sus años de estancia en Córdoba, estudiando ingeniería técnica industrial. Sin duda, supo aplicar perfectamente sus pinitos en la ingeniería a su carrera periodística. Su estancia en la Escuela de Periodismo de la Iglesia le ayudó a consolidar sus creencias en la socialdemocracia y a darle una capacidad crítica que le servía para buscar siempre la justicia de explicar, de publicar, siempre aquello que otros intentaban esconder. Al final, eso es una de las máximas del periodismo como bien social. No entendía el periodismo sin ese fin de servicio a su comunidad.

Parte de sus horas más emotivas las pasó relacionadas con el club de sus amores. Batalla se transformaba con el Barça. Era un pozo de ciencia en el deporte, del que solía escribir habitualmente. Y muy especialmente de su equipo. Gozaba y sufría. Le gustaba ver los partidos en la más estricta intimidad. Toda la calma y la paciencia que poseía le abandonaban en el primer minuto de juego. Era un auténtico espectáculo verle actuar en cualquiera de los viajes que realizaba cuando los azulgrana jugaban alguna final. Era capaz de pintarse, de disfrazarse de fan total, para apoyar sin desmayo a los suyos desde la grada. Era un Xavier en estado puro. Encantador. Muy nervioso, nerviosísimo, cuando el balón rondaba la portería de su club e inmensamente feliz cuando esa pelota entraba en la portería rival. Sobre todo cuando esa portería era la del Real Madrid.

Escribir sobre Xavier Batalla es un placer. Su dignidad honra a toda una generación que necesita de personas con su talento y seriedad. Esa que impartió en los desaparecidos *El Correo Catalán* y *Diario de Barcelona*, en *El País* y la más que centenaria *La Vanguardia*, o en las universidades Autónoma y Pompeu Fabra. Fue un espléndido corresponsal en Londres. Era una delicia como conversador. Tenía un fino humor. Y era un amigo de una enorme integridad. Siempre fiel. Su currículum es impecable. Fue un responsable social que ejerció esa responsabilidad a través de uno de los oficios más antiguos: el periodismo. Ese periodismo que recortaba con sus tijeras, noticia a noticia, crónica a crónica, editorial a editorial, para irlo guardando en uno de los archivos más documentados de nuestro país. Esas tijeras respiraban sapiencia. Ayudaban a Xavier a darle ese pozo de ciencia que siempre tenían sus textos.

Por eso, lo más importante de Batalla era que sabía de todo y no presumía de nada. Si le dan tres vueltas a esta frase tan simple, pero cierta y veraz, descubrirán la grandeza de los muy buenos. Los números uno no dicen que lo son, no lo pregonan, no presumen de sus conocimientos. Se les siente. A veces tienes suficiente con rozarlos. Con Xavier las charlas eran serenas. Siempre aportaba luz al debate, era lúcido en la tertulia. En medio de la conversación alguien se giraba y decía: «Bien dicho, Batalla, sabiamente dicho, inteligentemente dicho». «Esto lo sabe fijo el amigo Xavier», comentaba alguno. Siempre era una respuesta y propuesta clara, sencilla, sin altivez. Muy humana.

Tocar un diario, unas tijeras, un escudo de fútbol, perdón, del Barça, leer un libro, ver una clase llena de jóvenes, las imágenes de un conflicto internacional, una película, oír una canción..., todo nos recuerda su magnífica figura.

Datos de los autores

Carlos Pérez de Rozas Arribas es periodista y profesor. Colabora en *Mundo Deportivo*, en Catalunya Ràdio y en las televisiones 8TV (*8 al dia*), Barcelona Televisió (BTV) y TV3. Da clases en las universidades Pompeu Fabra, Ramon Llull e Internacional de Catalunya. Trabajó en la revista *Destino* (1970-1975) y en *Diario de Barcelona*, formó parte del grupo fundador de *El Periódico de Catalunya* (1978), estuvo presente en la puesta en marcha de la edición de *El País* en Catalunya y fue director adjunto de arte de *La Vanguardia*.

Emilio Pérez de Rozas Arribas es periodista. Licenciado en ciencias de la información, de la Universidad Autónoma de Barcelona, primera promoción. Trabajó en CIFRA Gráfica, *Diario de Barcelona* y *Barrabás*. Fue miembro fundador de *El Periódico de Catalunya*, jefe de sección de Deportes de *El País* en Barcelona, y, a partir de los Juegos Olímpicos de 1992, regresó a *El Periódico*, donde, tras ser el responsable de la Sección de Deportes, ahora cumple funciones de redactor senior vinculado, especialmente, a esa Sección.